

CAPÍTULO 14. ¿TEJE EL CALCETÍN O ES TEJIDO?.



Ágata se despertó, a la mañana siguiente, con la magnífica sensación de haber dormido bien, después de mucho tiempo de no hacerlo; y al recordar lo bellamente que había terminado el día anterior, se apoderó de ella una tranquilidad, que casi le permitió llevar a cabo el serio asunto de vestirse con una alegría de muchachita. A muy buen tiempo de impedirle ponerse a jugar con la gran esponja, descubrió, bajo la toalla arrojada descuidadamente sobre la silla, dos cintas color violeta de su gusto, que colgaban llenas de reproches, como los lánguidos brazos de una mujer resignada. Estos listones le recordaron que el día anterior había aventado desafortadamente el sombrero por un lado, en lugar de haberlo acomodado de inmediato en su caja. Ágata se avergonzó; con dignidad y la correspondiente lentitud terminó su arreglo y, en seguida, para resarcir al costoso tocado de la mala noche que le había hecho pasar, se puso a anudar sus cintas con movimientos elegantes y medidos.

La consecuencia de ese esmero largo y penoso fue que ya no encontró a su hermano. El señor se había marchado desde hacía diez minutos, según le dijo el portero. Súbitamente se apoderó de Ágata el miedo a una nueva escapatoria. Por poco y hubiera tomado un coche, para llegar con mayor rapidez a casa de su consejero Lachmann. Pero en la mejor inteligencia de que un marco era preferible ahorrarlo para el ajuar de Albina, determinó irse a pie.

Por el camino se debatió entre la sensación de su edad y el deseo de llegar a la meta tan pronto como fuera posible; en esta discrepancia parecía que hasta los lazos tomaban parte; por lo menos cuando Ágata llegó sofocada, uno estaba todo aplastado, mientras que el otro se abultaba con doble importancia.

Desde el corredor pudo oír la risa de ambos hombres. Ella respiraba con fuerza y, feliz de tener de nuevo al que creía perdido, hizo su entrada.

-¡Buenos días, caballeros! ¡Están muy alegres! Perdona que llegue tan tarde. Sin embargo, pudiste haberme esperado, Augusto. Casi me mediuero de miedo -se calló de repente. Allí estaba de nuevo esa mirada de ternero-. De verdad, Augusto, fue de lo más desconsiderado de tu parte.

El aludido la observó fijamente. -¿Cuándo sales de viaje?- preguntó.

Ágata estaba atónita. No sabía qué decir. -Oye, deja de reírte estúpidamente, Ernesto -interrumpió al primo, pues se acordó de que con su hermano debería hablar cautelosamente-. ¿Que cuándo parto? Tú ya sabes que me quedaré tanto tiempo como tú te sientas bien aquí; luego cuando estemos en casa todo va a ser mejor y más agradable. Sí, los últimos días fueron horribles. Un minuto antes de salir para acá, estuve en tu cuarto. El Quijote yace abierto sobre tu escritorio, exactamente en el diálogo donde el cura y el ama se aconsejan sobre la huida del noble caballero. Se me ocurrió que el libro estaba sollozando y creo que hasta cayó una lágrima allí encima. Ojala no haya quedado mancha -se dirigió hacia su hermano y le puso tiernamente la mano sobre el hombro-. Estoy tan contenta de volver a tenerte, Augusto.

-Tomás.

Ágata insistió. -¡Por amor de Dios, Augusto!

-Tomás, Tomás Mundete. ¿Ya se te olvidó lo que te escribí?

No te entiendo ni tantito. ¿Dónde está tu tanque, donde están tus guantes? El peligro de contagio de la escarlatina dura seis semanas.

Involuntariamente, Ágata retiró la mano del hombro de él.

Tomás se rió satisfecho. ¿No es cierto, Lachmann, seis semanas?

La hermana se había logrado contener. -No lo sabes aún -dijo riéndose de alegría, mientras estrechaba la mano del hermano-. Tú no tuviste escarlatina. Todo fue una broma de tu parte, a Dios gracias.

Tomás alzó la taza hasta su boca. El primo, que hasta entonces había observado todo en silencio, quiso hacer parecer que ocultaba una sonrisa. Caballerosamente indignado, se mezcló en el asunto.

-Ágata tiene toda la razón, y ya es tiempo de que dejes las tonterías. Por mera maldad te tomaste la antipirina, y de fiebre escarlatina ni hablar.

Tomás no había saltado tan rápido del carro del traperero como lo hizo ahora. -Tienen envidia -gritó, dando un golpe con el puño sobre la mesa-. ¡Envidiosos! ¡Puf!... ¡Perdón! -continuó en un tono más apacible-. No conviene que me propase de esa manera. Pero yo habría esperado sentimientos más nobles de parte de ustedes. Porque sienten simpatía por lo insignificante y son pequeños, por eso no me permiten creer que el demonio de la fiebre me eligió entre muchos, y ustedes quieren hacerme pensar que la aurora de mi cuerpo es una vulgar erupción a causa de una medicina.

-Pero te aseguro que fue la antipirina -prorrumpieron ambos al mismo tiempo.

-¿Sí? ¿Y la transformación? ¿El gigantesco crecimiento de mi alma? ¿También fue la antipirina? ¿Y la victoria sobre el engendro rojo? ¿Cómo? ¿Ya se les olvidó? ¿No están ya muertas, exterminadas y desaparecidas? ¿Y qué saben ustedes de los tres símbolos? ¿Y del camino de los sufrimientos, del túnel de la degradación? Esa cosa -señaló a su hermana- es una mujer. Las mujeres jamás pueden captar la grandeza de los hombres, y yo la disculpo. Pero tú -se dirigió al primo-, lo tuyo es envidia. Eres médico y en tu sórdida alma de doctor, que la admiración de los enfermos y los débiles ha inflado como un globo, te da rabia no haber sido tú el que realizara el descubrimiento del contagio interno, sino yo, un lego, un enfermo, un sirviente de médico.

Desde hacía rato Lachmann había recobrado su capacidad de reflexión.

-¿A qué descubrimiento te refieres?

Ágata se entremetió, temerosa. -Por Dios, déjalo, déjalo, cuando empieza con eso, no termina nunca. Habla como loco.

Tomás se arregló con solemnidad. -Yo no hablo como loco -dijo en un tono apacible y suave-, y no voy a decir más que lo que sea indispensable para que se entiendan las cosas. Necesito a Lachmann. Él tiene que retomar esta porción de mi labor vital, y yo no dudo que él dedicará su energía de trabajo y sus conocimientos a una cuestión que sea de utilidad para los seres humanos y que, al mismo tiempo, le dé renombre. Entre otras cosas he descubierto -se dirigió a su primo- que es incorrecto combatir cada enfermedad a toda costa. Como puedes ver, esto te incumbe a ti, el médico, de alguna forma. La enfermedad no es en absoluto un elemento hostil a la cultura, como nos quieren hacer creer, y nos han hecho creer, las charlatanerías de los médicos; antes que eso, la enfermedad es uno de los instrumentos mediante el cual la naturaleza ha elevado al hombre hasta la altura. Si se exterminan las enfermedades, con ello se destruyen también todas las costumbres, todas las religiones; de esa manera se impide el desarrollo del individuo y de la totalidad, y yo afirmo que nuestra moderna higiene sólo sirve para dañar con negligencia la verdadera nobleza del ser humano.

-No te equivocas del todo -dijo Lachmann en tono aprobatorio. Ágata veía asombrada cómo el primo estaba escuchando con seriedad a este loco.

-Entiendo -prosiguió Tomás-, de repente, se te aclaran cuestiones que durante mucho tiempo tú habías sospechado en la oscuridad, como sospechamos todos. Así también me sucedió a mí. Al principio, yo estaba totalmente azorado con el nuevo rostro que el mundo me mostraba. ¿Qué, las epidemias representan una situación beneficiosa?, me preguntaba, ¿la mortal tuberculosis, la vergonzosa sífilis, un provecho, sí, una condición del progreso? La respuesta que yo me di, la leo ahora en tus ojos. Pero el pensamiento se esfuerza por ir más lejos. ¿Por qué razón busca el hombre el peligro? Porque se siente crecer en las luchas, porque se torna más noble en la desgracia. Sócrates lo sabía, Cristo lo sabía; ambos buscaron la miseria, la muerte, y así lo hacen todos en todas las épocas. Cada uno, cada hombre ama la desgracia porque ésta lo ennoblece.

Y la grandiosa naturaleza, por donde la pesques, le hace lo mismo al hombre. Toda grandeza surge de la infelicidad, y los cazadores de felicidad son todos despreciables.

E hizo una raya en el aire con un fuerte movimiento del brazo, para mostrar cuán bajo se encontraban en su estimación.

El rostro de Tomás Mundete mostraba una expresión de intensa reflexión. -La desgracia enseña a orar, ésa es una profunda verdad. Eso quiere decir que la desgracia de los seres humanos, de la naturaleza toda, es la prueba legítima de la existencia de Dios. En el infortunio se manifiesta su bondad con mayor esplendor.

Ahora, con las manos recogidas, Ágata también escuchaba. -Habla igual que el buen Breitsprecher -dijo devotamente.

-Cállate -le espetó Tomás con un grandioso ademán-. ¿Qué nos van y nos vienen los curas a nosotros, que hablamos seriamente? Ellos inventaron los pecados. Como si hubiera pecados. ¡Fuera con ellos! -Los aventó con un movimiento de la mano-.

El que quiera ir en pos de mí, tiene que abandonar todo aquello que ama. De nuevo tiene que convertirse en hombre. Interrumpir es inhumano. Pero así son las mujeres. Siempre se imaginan que pensar es lo mismo que tejer calceta, que puede interrumpirse o volverse a comenzar al gusto, y donde no se corre el riesgo de que se vayan unos cuantos puntos. Por cierto, es un error decir: yo teje un calcetín, o por lo menos es inexacto; se puede decir con la misma corrección: el calcetín me teje a mí, pues con este giro se manifiesta que uno tiene noción del transcurso de la historia universal. El hombre no hace, sino que es hecho. Cuando Ágata me teje un calcetín, ya sé que luego tendré una nueva vestimenta para mis pies y puedo alegrarme por ello. Sin embargo, digo que el calcetín teje a Ágata; veo ante mí, de un solo golpe, toda la historia del sexo femenino y cómo se dejó deteriorar y se echó a perder durante siglos, al ocuparse de lo pequeño e insignificante. No hay nada más estúpido que nuestra gramática, nuestra lengua, este trasto heredado de la época más tenebrosa, que pone obstáculos insuperables en el camino de toda verdad y que se burla del claro pensamiento. ¿Cómo pueden escalarse montañas con las piernas decrepitas? Pero eso es algo para los filólogos, a los que ya encontraré, y no para médicos.

Y también para ti, primo médico, será muy instructivo. Ya aprenderás de mí a diagnosticar. Observa a mi hermana. Tú piensas que ella es la misma Ágata de hace veinte años, un poco envejecida, pero en el fondo la misma. Estás muy equivocado. ¿Sabes qué cosa es ella? Ágata es un lazo de sombrero.

Lachmann casi gritó de placer, en tanto Ágata se sobresaltó indignada.

Tomás prosiguió con calma: -Sí, seguro. Cuando se casó con su ahora difunto Willen y, muy poco después, cometió alguna tontería, quiso volverse razonable. Y para obligarse a ello, se consiguió el digno tocado de la madre, sombrero de ala con largas cintas y, todos los días, anudaba escrupulosamente un lazo normal. Sucedió así durante tiempo. Pero, desde hace años, la cosa ha cambiado. Ágata es anudada por el lazo. Las cintas la arrastran por la vida, como la reata del matarife al ternero. ¿No es así, querida hermana de mi corazón?

Ágata bajó la vista. Pensó en su experiencia de esa mañana. Tomás se le acercó riendo de buen humor y la cogió por el talle. -¡Adieu, querida! Queremos irnos de tabernas -cuando estuvo en la puerta, se dio la vuelta hacia los seres amados, que se estrechaban la mano lanzando una mirada expresiva y oblicua hacia el loco-. Ustedes se dan cuenta de que una visión del mundo como la que ahora tengo, sólo puede surgir mediante violentas conmociones, que estoy transformado. ¿Y qué pudo haberme transformado, si no fue la escarlatina? -Altivo echó la cabeza hacia atrás, para luego agacharla y añadir pensativo-: ¿Y cómo pudo haber desaparecido de otra forma el engendro rojo?

Desde la ventana, Ágata vió alejarse a los dos hombres, que iban platicando con gran entusiasmo.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck